PAGARSE DEL ESTERIOR.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

de D. Francisco Flores Arenas.

CADIZ.

Imprenta, librería y litografía de la REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. Juan B. de Gaona,
plaza de la Constitucion n. 11.
1851.

Al Excmo. Señor

D. ANTONIO GIL Y ZÁRATE,

Director general de Instruccion

Pública etc. etc., y célebre poeta dramático.

Las singulares mercedes que debo á V. y la indulgente benevolencia con que siempre ha acogido mis pobres tareas, ya que no autorizan, disculpan la libertad que me tomo de suplicarle permita á este librejo el salir á luz honrado con la proteccion de su distinguido nombre.

Tal espera de V. su humilde servidor,

Francisco Flores Arenas.

Gen. Rec. Aparnel

ARTICULOS *de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.*

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.»—Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de Febrero de 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.»—Idem art. 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.»—Idem art. 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.»—Idem art. 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximun de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimun la mitad.»—Art. 59 del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de Febrero de 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.»—Idem art. 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Jefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.»—Idem art. 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.»—Idem art. 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.»—Idem art. 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el prévio consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se trasmitirá por veinticinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-abientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.»—Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, art. 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin prévio consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1.000 reales ni esceder de 3.000. Si hubiese además cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.»—Idem art. 23.

PERSONAS.

DOÑA FILOMENA. DON MIGUEL.
» ROSA. » EDMUNDO.
» MARÍA. » ANTONIO.
JUAN, *criado.*

La escena en una posada de Sanlúcar de Barrameda.

Sala. A la izquierda dos puertas con números. El primero representa el cuarto de Rosa y el segundo el de María. Puerta al foro. La izquierda de él figura la entrada á las demás habitaciones y oficinas. La derecha corresponde á la escalera y calle.

Esta obra es propiedad de su editor, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título, ó represente en algun teatro del reino ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuese su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Los corresponsales de la **Revista Médica** son los autorizados para cobrar los derechos de representacion.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

ACTO PRIMERO.

Escena Primera.

DOÑA FILOMENA *y* DON ANTONIO.

(D. Antonio entra como de la calle dando el brazo á D.ª Filomena.)

D.ª FIL. Buen paseo, amigo mio,
y hermosa mañana á fé.
ANT. Siempre mi delicia fué
la ribera de este rio.
El alma allí se estasía,
allí se siente el vivir.
¡Bien haya el Guadalquivir!
¡Bien haya la Andalucía!
En sus campos de azahar
el alma sonrie y llora:
no hay en el mundo, señora,
suelo que así fuerze á amar;
mas el pecho no adivina

si en bien ó en mal ha de ser,
que hay tristeza en el placer
como en la rosa hay espina.

D.ª FIL. ¡Bravísimo! ¡Bien parlado!
¿Usted poetiza? Se eleva?
Pues eso camino lleva...

ANT. ¿De qué en fin?

D.ª FIL. De enamorado.
¿Piensa usted no lo he advertido?
Ay amigo, es necedad.
¿Quién no tuvo á vuestra edad
de ese color un vestido?
Muchacha y bonita fuí,
tuve amores, sufrí engaños,
y aunque hace bastantes años
eso y mas pasó por mí.
Con cuidado os observé:
no me queda duda, no.
Amais: á quién, no sé yo,
que no es á mí solo sé.
Yo con mis propios oidos
os escuché, ¡pobre mozo!
estrujar mas de un sollozo,
dar garrote á diez gemidos.
Por mas bella entre las flores
os ví besar una rosa,
riñendo á la mariposa
porque osó ajar sus primores.
Ya el vivir os causa tedio,
ya mil dichas os prepara,
ya os reis, y ya la cara
se os alarga palmo y medio.

En fin, siendo al alma abrojo
vuestro pensamiento amante,
ví un lagrimon vergonzante
asomarse á cada ojo.
En tal mis sospechas fundo:
vos lo entenderéis mejor;
pero si eso no es amor
no hay amores en el mundo.

ANT. Es verdad, amiga, sí:
usted ve mi corazon,
compadece mi pasion,
deplora mi frenesí.

D.ª FIL. Entonces me maravilla
que de mí un secreto guarde.

ANT. ¿Cuándo pude, si ayer tarde
llegó usted desde Sevilla?
Por hablarla busqué traza
de acompañarla á paseo;
mas nos cojió un Don Tadeo...
¡Mal haya amen y su raza!

D.ª FIL. Pues bien, aquí os daré audiencia.
Acercadme ese sillon
y empieze la confesion.

ANT. Tranquila está mi conciencia.
Usted sabe que de niño
perdí á mis padres, señora;
no su caudal lloro ahora,
solo lloro su cariño.
Muy rico quedé en la cuna,
víme pobre á pocos años,
que de un tutor los amaños
disiparon mi fortuna.

Mozo y sin blanca me ví,
y aunque escaso á mi deseo
logré en Cádiz un empleo.
Vos sabíais hasta aquí.
A vuestra sobrina Rosa
conocí, bella y lozana,
linda perla gaditana
allí donde hay tanta hermosa.
No hay que decir si la amé.
¿Quién no la ama si la vió?
Mas si no me despreció
su amor tampoco alcancé.
Ya agradecida, ya ingrata,
ya afable y ya indiferente,
con un mirar me consiente
ó con un desden me mata.
Tal vez el alma en su pena
quiere que este amor rehuya;
pero á una sonrisa suya
vuelvo á tomar mi cadena.
Y así falto ya de aliento
en lucha tan desigual,
pasé un año, dije mal,
pasé un siglo de tormento.
Un mes ha que el dueño mio
de usted llamada partió;
ayer con usted volvió:
lo cual sabido del tio
aquí en Sanlúcar la espera:
yo á este viage me ofrecí,
y á ver á Rosa volví
tibia, amable y hechicera.

D.ª Fil. Confieso á usted sin rebozo
que me ha dado en que pensar,
y repito á mi pesar,
¡pobre amigo, pobre mozo!
Usted es honrado, es bueno,
tipo de tiempos mejores:
por eso á mil sinsabores
en este amor le condeno.
Rosa, niña y ya sin madre,
perdió un padre idolatrado,
y de entonces mi cuñado
mas que tutor es su padre.
Entre tanto de Manila,
giro á su comercio dando,
Miguel llegó á Cádiz, cuando
huérfana halló á su pupila.
Con mil cuidados prolijos
por este tratada fué:
no es de admirar, pues se vé
con caudal, viudo y sin hijos.
Feliz por tantos conceptos,
con tantas ventajas rica,
su posicion misma esplica
la clave de sus defectos.
Ella es hija de mi hermana,
conozco su corazon,
tiene buen fondo y razon;
pero es algo casquivana.
Rica, bella, en tierna edad,
ve bullir en su cabeza
un mundo todo corteza
y vana esterioridad.

Si usted no tiene quitrin,
ni conoce el sí bemol,
ni en zapato usa charol,
ni en bota ciñe espolin,
ni á bailar Polka arremete,
ni salta de estrecho el guante,
en fin, si á fuer de elegante
no es usted archi-paquete,
nunca hará mella en el pecho
de quien juzga en conclusion
no late un buen corazon
debajo de un frac mal hecho.

ANT, Y qué piensa usted?...

D.ª FIL. Yo sí.
Esas, y tal no os asombre,
si llegan á amar á un hombre
es á un hombre baladí.
Prefiere el indio bozal
el falso aljófar al oro,
trocando todo un tesoro
por pedazos de cristal.
Y es que el oro su riqueza
tal vez guarda en costra impura;
y es que el vidrio en su tersura
sabe esconder su vileza.
Así, quien del esterior
tan solamente se paga,
si escoge, fuerza es lo haga
escogiendo lo peor.
Mas ella sale. Prudencia.

ANT. ¡Cuán bella! ¡Infeliz de mí!

D.ª FIL. Ya en confesion os oí.

No os faltará penitencia.

Escena II.

Dichos y Rosa.

Rosa. Muy buenos dias, Antonio.
Felices, querida tia.
¿Tanto se madruga?
D.ª Fil. Tanto,
que ha dos horas muy cumplidas
dejé el mal mullido lecho
de esta morada interina.
Rosa. ¿Y usted tambien? (*A Antonio.*)
Ant. Yo tambien.
Me honró con su compañía
esta señora, y entrambos
fuimos á gozar las vistas
de ese rio que embelesa,
cuyas aguas fugitivas
bajo el remo de cien barcas
resplandecientes se agitan,
mientras á la primer luz
las flores medio dormidas
suave fragancia despiden
brindando al alma delicias.
Rosa. Yo pienso de otra manera.
¿Qué quiere usted que le diga?
Por eso lo que á unos place
á los otros les fastidia.
Para mí un rio es un rio

y nada mas, sus barquillas
sucias y apestando á brea
el olfato me lastiman.
Una flor pase; una flor
podrá ser cosa muy linda
siempre que adorne un peinado,
ó se prenda en la cotilla,
ó en algun *bouquet* de baile
entretenga mas que sirva.
Por lo demás, los gorgeos
de las aves matutinas
pasarán sin mí, que yo
paso sin ellos mi vida
contenta, si no me faltan
ni el Hernani ni el Atila.
Muy hermosa será el alba.
Séalo; mas no me incita;
que da mal color al rostro
y á su luz no hay mujer linda.
¡El campo!... ¿Y qué haré yo en él?
¿En el campo quién me mira?
¿A quién se encuentra á esa hora,
ni á qué patan le da pizca
de si la tela del traje
la compré en las Filipinas?
No tal. Tengo algunos bienes,
los años no me dan prisa,
usted y otros muchos mas
me dicen que soy bonita;
pues quiero ser elegante;
y ya que en Madrid no viva,
solo aspiro á que mi fama

corra á pesar de la envidia
desde el paseo del Duque
hasta la plaza de Mina.

ANT. (¡Que esto ame yo!)

D.ª FIL. Dices bien.
Necesito con Rosita (*A Antonio.*)
hablar á solas. Marchad.

ANT. ¿Me permitis?

ROSA. ¡Que tal diga!
Id; mas no por mucho tiempo.

ANT. Queriéndolo aun no podría.

Escena III.

DOÑA FILOMENA *y* ROSA.

D.ª FIL. Solas estamos. Deseo
hablar contigo, Rosita.

ROSA. ¡Precauciones de comedia!
Pues eso algo significa.

D.ª FIL. No gran cosa: con Antonio
hoy hablé, y esto te diga
que conozco su pasion,
que sé cual por tí suspira
y que sus penas sentí
al par de las penas mias.
No es maravilla, que al cabo
tengo ya cara de tia,
y á mi edad solo quedamos
para que nos cuenten cuitas.
Mas ante todo quisiera

me dijeses si le estimas
como amigo nada mas,
ó bien si tu alma propicia
pagando amor con amor
da á sus esperanzas vida.

ROSA. Ingenua seré, porque es
la ingenuidad mi divisa.
Antonio es un bello jóven,
me adora con alma y vida,
y á la verdad tengo ratos
en que casi le amaría.
Pero usted que ya conoce
mi carácter, mis manías
si se quiere, alcanzará
que no puede hacer mi dicha.
Yo quisiera que su amor
fuera prosa mas corrida,
que no suspirara tanto,
que no se volviese almíbar;
mas esto de andar buscando
las solitarias colinas
para decirle á la luna
doscientas majaderías,
esto de enamorar solo
en madrigales, tia mia,
hace muchísimo tiempo
que en el mundo no se estila.
Comprendo bien un amante
de bailes y de visitas
que me tenga el abanico
mientras valso, y á quien riña
si acaso en dos rigodones

fué pareja de una misma.
Un amante hombre á la moda,
que solo en Lóndres se vista,
y que cuando le dé el brazo
todos cuantos pasen digan:
«¡Hermoso par de elegantes!
Bien dicen que Dios los cria...
et cétera.» Quiero un hombre
que celos nunca me pida
con faz hosca; en fin, señora,
y esto mi deseo esplica,
un amante falderito,
no un Otelo que dé grima.

D.ª FIL. Bien lo sé, Rosa, y tambien
sé que lo yerras, querida,
Pero en fin, nada me ocultes,
¿es solo la causa dicha
la que de Antonio te aleja,
ó hay alguna mas?

ROSA Sí, tia:
otra con que no transijo.
Antonio es oficinista.

D.ª FIL. ¿Y qué tiene eso que ver
con...

ROSA. Va á saberlo á fe mia.
Serán locuras, serán
cosas de necia ó de niña;
mas los tales empleados
son hombres tan de plantilla,
tan dados á reglamentos
y á fórmulas y á rutinas.
que temiera ver mis cartas

á un espediente cosidas,
ó al márgen de algunas de ellas:
Informe contaduría.
Al papel del sello cuarto
no hay amor que se resista,
ni hay amante tan amante
que lo sea en la oficina.
No lo tome usted á chanza:
vea usted, yo tuve una amiga
á la que cierto empleado
amaba con ansias vivas.
Declaróse en una carta
en que, cual todas, decia
aquello de «hechizo hermoso,
mi bien, mi gloria, mi vida,
la adoro á suted»; mas al postre
aquella costumbre pícara
triunfó de él, y así acababa:
Todo lo cual digo á usía
de real órden, á los fines
que se espresan en la misma.

D.ª Fil. Cierto que me has divertido
con tu cuento.

Rosa. Pues maldita
la gracia que le hizo á ella
cuando vió tal trocatinta.
Desde entonces hice voto
de nunca amar...

D.ª Fil. No prosigas,
que tu tio de su cuarto
sale y aquí se apoxima.

Escena IV.

Dichas y D. Miguel.

D.ª Fil. Hola! cuñado, ¿qué tal?
¿Dormiste bien?
Mig. Desatinas.
Velé en un lecho de espinas
cual sillon ministerial.
Mosquitos me dan martirio,
y mientras sacudo aprisa,
cien pulgas en la camisa
me bailan el paso estirio.
¡Con qué gratas emociones
en tí pensé, cama mia,
en medio de esa anarquía
de sábanas y colchones!
Mañana te encontraré,
que ya de viaje voy harto.
Ay, cuñada! ese no es cuarto;
es el arca de Noé.
Y tú? *(A Rosa.)*
Rosa. Dormí cual jamás.
Mig. El que dijo que no hay bronce
como tener años once,
no errara echando diez mas.

Escena V.

Dichos y Juan *con una carta.*

Juan. Señor, esta carta trajo
el ordinario, é ignora
si es á usted.
Mig. Verélo ahora.
Mas dónde está pues?
Juan. Abajo
respuesta esperando queda.
Mig. Pronto saldrémos de duda.
«Don Miguel Santos y Ayuda. (*Lee.*)
Sanlúcar de Barrameda.»
Claro está que es para mí.
Juan. Y eso le respondo?
Mig. Eso.
Juan. Y la he de pagar?
Mig. ¡Camueso,
quién tal preguntara! Si.

Escena VI.

D. Miguel, D.ª Filomena, Rosa.

Mig. Es de Lopez. Pues no sé!...
«Cádiz, etcétera. Amigo:
por lo que importe, le digo
que esta tarde me encontré
á aquel su sobrino Edmundo,

quien hoy viaja (á él me refiero)
para gastar su dinero
alegremente en el mundo.
Díjele sin embarazo
dónde y á qué usted marchó:
y al saberlo, me ofreció
que hoy le daria un abrazo.
Con este aviso oficial
obrará segun le cuadre.
Mande en tanto á su compadre
é invariable amigo... y tal.»
¡Con que Edmundo! Muy bien venga.

ROSA. Mi primo Edmundo! qué gozo!

D.ª FIL. (A qué vendrá ese alborozo!
Dios de su mano los tenga.
Oh, si pudiera hablar yo!)
Mas dí, Rosa, dí Miguel?
supongo que ese es aquel
que ha tres años se ausentó.

MIG. Si tal. La suma elegancia.

ROSA. Que bailaba la mazurka.

MIG. Que saludaba á la turca.

ROSA. Y ahora que viene de Francia!

MIG. Buen mozo, amable, bien quisto,
fino como un alhelí.

ROSA. Edmundo, qué dicha! Así
se llamaba Monte-Cristo!

D.ª FIL. Yo reviento si no parto.
Con menos juicio ví pocos.
Voy á la casa de locos
para que os preparen cuarto.

Escena VII.

D. Miguel, Rosa.

Mig. Hola, hermana, Filomena!
Se fué... mas por qué decia?
Rosa. Raras cosas tiene tia!
Ella que es siempre tan buena,
ella á quien yo tanto estimo,
se pone de mal humor
y así nos deja, señor,
porque oyó ensalzar al primo.
Tal vez... (caprichos!) pensó
que origine esta entrevista
una amorosa conquista:
amable es él, jóven yo.
Mig. La juzgas mal, y aun la ultrajas.
El al cabo es su pariente.
Rosa. Tengo yo un antecedente.
No lo digo á humo de pajas.
Franca con usted seré.
Y por qué no lo seria?
No ha sido siempre mi guia?
Mi amigo mejor no fué?
Mig. Sí tal; mas lleve el demonio
lo que á mi ver...
Rosa. Nada, nada.
Sepa usted que su cuñada
protege el amor de Antonio.
Mig. El amor de Antonio!... A quién?

ROSA. Con que ahora estamos ahí?
A quién ha de ser? A mí.
MIG. A tí!... es posible! El tambien!
¡El tan bonazo y sencillo,
que no mira á las mujeres,
y que deja otros placeres
por mi mesa de tresillo!
¡El, que con cariño tanto
en complacerme se afana!
ROSA. Eso es que por la peana
se suele besar el santo.
MIG. Por cierto es estraña cosa!
Mas al quererte, qué espera?
ROSA. Primero, que yo le quiera,
despues, que sea su esposa.
MIG. Su esposa tú! Empresa es.
Y sin blanca! ¿Sabe Antonio
que cuentas de matrimonio
se hacen por regla de tres?
Me caso? pues venga pluma.
Tú pones tal capital,
corriente: yo pongo tal.
Suman tanto. Aquí la suma.
Esto dará á cada socio
de interés tanto por ciento.
Hago mi operacion, cuento:
ó es negocio, ó no es negocio.
Tal hice yo con Gerónima
cuando con ella casé,
es decir, cuando fundé
nuestra sociedad anónima.
¿Cómo quieres tú que pase

por pretension tan herética?
¿El que no sabe aritmética
es posible que se case?
Pues no saca mal escote!
¡El, sin rentas, empleado,
pobreton, centralizado,
osa aspirar á tu dote!
La partida no es igual,
ni yo en esta empresa quiero
que poniendo tú el dinero
él sea socio industrial.
Así, fuera estravagancias:
díle que es tiempo perdido,
pues tú has menester marido
á pérdidas y á ganancias.

ROSA. No se moleste por eso,
que no estamos tan allá,
ni es bien por un *¿qué será?*
que así se devane el seso.
No obstante, muy al revés
pienso de usted: es mi modo.
Para mí el cariño es todo,
pero nada el interés.
Amiga soy de bambolla,
de miseria tiemblo al nombre,
y jamás le diré á un hombre:
«contigo pan y cebolla;»
mas no seré de un vestiglo
porque en la opulencia viva,
que aunque soy muy positiva
no soy tanto como el siglo.
Puedo querer mis diamantes,

puedo á un hombre ser sensible,
pues no entra en lo incompatible
el tener joyas y amantes.
Y así en consecuencia saco
este principio bien obvio:
que un buen traje y un buen novio
caben juntos en un saco.

MIG. Tal me lo esperaba yo.
Las ideas son del dia;
pero al fin veo, hija mia,
el que tu hora aun no llegó.
De aquí á entonces reflexiona,
y sírvate yo de espejo,
que algun dia será viejo
el que hoy de lindo blasona:
que de esos rizos lozanos
que en lustre al charol no ceden,
dé gracias con que le queden
cuatro pelos, y esos canos:
qué por antiguos deslices
aun antes que afeite arrugas,
podrán salirle berrugas
en mitad de las narices:
que quizá le den viruelas,
y en fin, que aun con mil dispendios
no hay compañía de incendios
que le asegure las muelas.
De otras cien cosas prescindo
que tú darás de barato:
mira si en este retrato
conoces á tu don Lindo.

ROSA. De distintos pareceres

aun en eso somos ya.
Eso mismo, y mas quizá,
acontece á las mujeres.
Tambien puedo estar yo enferma,
ser vieja tambien calculo.

MIG. Por eso yo no especulo
en género de tal merma.

(Mirando el reloj).

Mas las diez han dado, y hace
un hambre aquí, que está uno...
Apresura el desayuno.

ROSA. Al punto voy. Que me place.

MIG. El comer diz que es delito
en amor.

ROSA. Linda bobada!
Yo no estoy enamorada:
puedo tener apetito.

MIG. De paso llámame á Juan.
Mañana vamos de aquí
y es fuerza...

ROSA. El mundo es así:
unos vienen y otros van.

Escena VIII.

D. MIGUEL.

Solo estás, Miguel: hablemos
como el que consigo habla.
¿Será cierto lo que he oido?

¿Me engañará esta muchacha?...
No es posible... ¿Y ese Antonio?..
Lo que es él poco me espanta.
«Nunca llegó Fray Modesto
á guardian.» Tal lo declara
el adagio, y por mi vida
que esos muy rara vez fallan.
Sin embargo, él es buen chico,
meloso, insinuante... ¡Cáscaras!
No hay que fiar, que otro adagio
dice que «el diablo las carga.»
¿Qué haré, pues, en tales dudas?
Meditemos... Qué haré?... Nada:
que eso es lo que en lances críticos
hacemos siempre en España.

Escena IX.

D. Miguel *y* Juan.

Juan. Mande usted, señor.
Mig. Vé, Juan,
y ajusta para mañana
un buen coche de camino.
Cuida de que no haga falta.
Juan. Para dónde?
Mig. Para el Puerto.
Allí cuando nos dé gana
al vapor, y en él á Cádiz.
Juan. Y á qué hora, señor, le cuadra
el partír?
Mig. Yo te diré.

A Sevilla mi cuñada
desde aquí vuelve, y al paso
en el Teodosio se embarca.
Mira en la lista la hora
y á esa misma.

JUAN. Vaya en gracia.
De todo quedo enterado.

MIG. En mi cuarto estoy. Prepara
lo preciso.

JUAN. Usted descuide.

Escena X.

JUAN.

Mucho estos viajes me agradan,
y mas cuando me da el amo
un voto de confianza.
En el ajuste del coche
podré ganarme... sí, vaya...
veinte reales en francés
ó diez y nueve en España.
¡Oh, y lo que mudan los tiempos!
¿Quién despues de aquella zambra
del año de ocho, en que todos
á un Napoleon odiaban,
sospecharian que hoy
le amásemos con tal ansia?
Por eso dice un periódico
de los que yo leo en casa,
que esos son los altos juicios
de la crísis monetaria.

¿Mas quién es este señor?
Nunca le ví en la posada.

Escena XI.

D. Edmundo *y* Juan.

Edm. ¿Don Miguel Santos?
Juan. Aquí
interinamente para.
Edm. Está bien. Pues corra y dígale
que Edmundo ¿entiende? le aguarda.
Juan. Edmundo? Pero de qué?
Edm. Seor necio, vaya á la cuadra
si no sabe tratar gentes.
Juan. ¡Gran señor es, segun habla! (*Aparte.*)

Escena XII.

Edmundo.

Ya estoy aquí. Meditemos
sobre mi plan de campaña.
Aquí hay dinero... Es seguro.
Yo tambien tengo... sí... trampas.
Conozco bien el terreno.
Mi tio es un alma cándida
y que no inventó la pólvora.
¡Qué soberbio par de faltas!
Mi prima es preciosa y rica:
con lo segundo bastara;
mas al fin, miel sobre hojuelas

no es cosa que á nadie amarga.
Si doy el golpe me armo.
Oh! bien haya amen, bien haya
mi coramvobis, que así
de los apuros me saca.
Pero, y despues?... Hay vapores
en Cádiz, y ahí está Francia.
Emigro del matrimonio,
dejo mi mujer, mi patria
y mis acreedores, todo
lo que mas aprecia el alma,
y á comer el pan amargo
voime á París, á Alemania,
á cualquier parte, llevando
para paño de mis lágrimas
el dote, adorada prenda
de mi ausente gaditana.
Mas hé aquí ya al viejo víctima.

Escena XIII.

D. Miguel *y* Edmundo.

Mig. ¡Edmundo! (*Se abrazan.*)
Edm. ¡Tio del alma!
Mig. Tú por aquí! ya era hora.
Tres años de ausencia!... ¡Cáspita!
no son un dia ni dos.
Edm. Tres siglos, cuando se pasan
lejos de aquellas personas
á quienes de veras se ama.
Mas el afan de viajar,

de ver esa Europa sabia
que formando la razon
da brillo al cuerpo y al alma
me atrajo mas que quisiera.

MIG. Mucho habrás gastado!

EDM. Nada.
Es decir, nada que importe.
Mi patrimonio á Dios gracias
era pingüe, y con las rentas
para todo me alcanzaba.
Soy poco derrochador,
tio, no tengo esa falta,
y solo estiro la pierna
hasta donde da la sábana.

MIG. Sí, que circule el dinero.
Aquesa, Edmundo, es mi máxima.
Un hombre ha de gastar, cuando
no le arruina lo que gasta.

EDM. Dejemos eso. ¿Y mi prima?

MIG. De tu venida avisada
está ya. Mas héla aquí.

Escena XIV.

D. MIGUEL, EDMUNDO *y* ROSA.

ROSA. Primo mio!

EDM. Rosa!

MIG. Abrázala.

EDM. Si usted permite...

ROSA. Si usted...

MIG. No lo he de permitir? Anda,
que primas cual la presente
no las hay en la guitarra.
ROSA. Edmundo!... (*Se abrazan.*)
EDM. Rosita hermosa!...
(Buena prima!... si no salta.)
ROSA. De dónde llegas ahora?
EDM. De París.
ROSA. ¡Oh, qué jornada!
Cuánto envidio tu viaje!
Debe ser tan bella Francia!
EDM. Ya irás allá. Y por qué no?
ROSA. Es difícil.
EDM. Si te casas,
si tienes marido amable
que sepa preciar tus gracias,
fuerza será que procure
ante el mundo realzarlas.
Allí en aquella metrópoli
del gusto y de la elegancia
es solo donde se adquieren
las esteriores ventajas
que hacen bonita á una fea
y á una hermosa, sobrehumana.
Tú, prima, que eres tan bella
¿no te juzgas malograda
siendo el campo de tus triunfos
la Alameda y la muralla?
?No sueñas con que hay Long-champs
donde entre hermosuras tantas
por Venus de aquellas diosas
te dieran la áurea manzana?

¿No sueñas con que oprimiendo
las mullidas almohadas
de rico landó, tirado
por cuatro yeguas normandas,
vuelas, dejando tras tí
nubes que el polvo levanta?
¿No te desvela el pensar
que atrayendo las miradas
de todo París, se digan
al pasar tú: «Hermosa dama!
Quién es?—Es una española.—
Española?—Y gaditana.
Hija del mar, que en sus conchas
no vió perla mas preciada?»
En fin, ¿no te es delicioso
preveer que vuelta á España
tus trajes serán la norma,
tu corsé será la pauta,
tu peinado dará el tono
y hasta el imitarte fama?
Esto, Rosita, te espera.
Confia en tí, no te abatas;
allá irás sin duda alguna
para ser luego en tu patria
el boletín oficial
de la bella aristocracia.

ROSA. Edmundo, no hables así,
que el corazon se me salta
del pecho, al imaginar
que tal ventura lograra.
Tú adivinaste mis sueños,
tú á mi pensamiento hablas,

tú me comprendes, tú solo
supiste leer en mi alma.
No sé si son ilusiones;
mas solo sé que me arrastran,
y que este mundo en que vivo
me ahoga, el aire en él me falta.
Pero al cabo, ¿qué aprovecha
tratar imposibles? Nada.
Hablemos pues de otra cosa.
Hablemos de tí.

MIG. Acertada
resolucion. En efecto
hablemos de tí. ¿Te cansa
el viajar y al fin te fijas
en alguna parte, ó andas
á modo del Judio errante
por tu tierra y las estrañas?

EDM. No señor, no: por ahora,
salva cualquier circunstancia,
mi intencion es el quedarme
en Cádiz, pondré allí casa,
que si hasta ahora soy soltero
tal vez no lo sea mañana.
Jóven soy y no insensible: (*Con intencion.*)
puedo amar. ¿Qué hombre no ama
cuando Dios en su camino
pone su ánjel de esperanza?
Si me enamoro, si á dicha
mi cariño obtiene paga,
entonces, alto, á casarme;
que si el matrimonio es carga
lo es para el que anacoreta

hace claustro su morada.
No señor, las diversiones
hallarán mi puerta franca
noche y dia, y si no vienen
sabremos ir á buscarlas.
Buena mesa, palco propio,
un baile cada semana,
dos carruajes, tres caballos,
en fin, lo preciso y basta,
que al cabo Cádiz no es Lóndres.
Con esta vida arreglada
podremos cada dos años
correr capitales varias
principiando por Madrid
y acabando en las de Italia.

MIG. (Buen caudal!)

ROSA. (Suerte dichosa!)

EDM. En tanto será mi estancia
la modesta de un soltero;
mi tren como del que viaja.
Ahora espero el tilburí
con mi equipaje y dos jacas
andaluzas de montar.
Una de ellas es muy mansa.
¿Me harás, Rosita, el obsequio
de admitirla? ¡Es tan gallarda!...

ROSA. No; de ningun modo, Edmundo.
No quisiera te privaras...

EDM. De qué?... ¡De un caballo!... Tio,
dígale que me desaira.

MIG. Puedes aceptar.

ROSA. La acepto.

EDM. (No hará gran gasto en cebada.)
Entonces, prima, ya es tuya.
Como ya es tuya mi alma. (*Bajo á Rosa.*)
ROSA. (¡Qué es esto que me sucede!
¡Dios mio, no estoy turbada!)
EDM. (Cierto que estoy inspirado.
Hoy miento como un programa.)

Escena XV.

Dichos y DON ANTONIO.

ANT. Perdonad si fuí grosero (*A D. Miguel.*)
y á saludarle aun no entré.
Servidor. (*A D. Edmundo.*)
EDM. ¿A quién diré?
Lo soy de usted, caballero.
MIG. Por primo de mi sobrina
dejad que á Edmundo os presente.
ANT. Con mi amistad desde hoy cuente.
EDM. (No me da este buena espina.)
ANT. (¿Si amará á Rosa?)
EDM. (¿Si acaso
quiere seguirme la pista?)
ANT. (No le perderé de vista.)
EDM. (Veré de atajarle el paso).

Escena XVI.

Dichos y Doña Filomena.

D.ª Fil. Señores, al diablo doy
tal detencion. ¡Dios del alma!
¿Os estais con esa calma?
¿Pues qué, no se almuerza hoy?
Edm. ¡Oh, tia! (Maldito azar!)
D.ª Fil. ¡Oh, sobrino! (¡Linda pieza!)
¿Sentáste ya la cabeza?
¿Te aburriste de viajar?
Mig. Eso es hacerle una injuria.
Tú no tienes que decir...
D.ª Fil. ¿Vuelves al Guadalquivir
huyendo tal vez del Turia?
Edm. Calumnias... Yo no hago caso...
(¡Qué demonios!.. ¿Esta es tia
ó agente de policía?)
Rosa. (¡Será verdad! .. ¿Pero acaso
echarle en cara pretendo
si allí á una mujer amó?
¿Cómo lo entenderé yo
cuando á mí ya no me entiendo?)
Ant. ¡Ay, que ya le mira amante! (*A D.ª Fil.*)
¿Lo visteis?
D.ª Fil. Un empleado (*A Antonio.*)
siempre ha de estar resignado
á que lo dejen cesante.
La época lo da de sí.
Pero, Señores, aprisa, (*Alto.*)

pues mi estómago me avisa
que estamos de mas aquí:
ni entra en mi cuenta por tanto
que hagamos el desatino
de ayunarle á este sobrino
como se le ayuna á un santo.
Alto pues al comedor.

EDM. (Domestiquemos al oso.)
(Ofrécele el brazo).
Tia, si soy tan dichoso...

D.ª FIL. Yo me llevé lo mejor. (*Vánse.*)

ANT. ¡Ay Rosa!..

ROSA. Déjeme en paz.

ANT. Si mi amor...

ROSA. Me importa un pito.
(Da el brazo á su tio y parten).

Escena XVII.

DON ANTONIO.

Para abrirme el apetito
me dió ese poco de agraz.
¡Mujeres, que haya quien llame
al amor dulce cadena!
¡Que teniendo el alma en pena
haya pícaro que os ame!
Os llama el mundo hechiceras,
y en premio de un puro ardor
así obrais... ¿Pues no es mejor
estar remando en galeras?

¿Antes que con ansias vivas
os entregue uno su fé
no vale mas... ¿qué diré?...
ser de las clases pasivas?
Y tú, Rosa idolatrada
á quien cual mi estrella sigo,
te amo, ¿y porque te lo digo
me sueltas tal andanada?
¡Oh ex-abrupto singular!
¡Oh femenil egoismo!...
Pues con ese sinapismo
vaya usted ahora á almorzar.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Escena primera.

ROSA, *sentada con un libro en la mano.*

(*Lee.*) «Que las que de amores lloran
pocas gracias atesoran,
y son por esta razon
muy tiernas de corazon
la vez que las enamoran.»
Bien dice, bien dice á fé (*Cierra el libro.*)
en estos versos Rubí:
su leccion no olvidaré;
y pues lo que valgo sé
no quiero abatirme así.
¡Ay, que desde esta mañana
mi pensamiento se abisma!
¡Yo, que me juzgaba ufana,
de los otros soberana,
porque lo era de mí misma;

yo ceder sin pelear,
dar á un hombre mi albedrío,
mi libertad abdicar,
en una palabra, amar!
¿Dónde estás, orgullo mio?
¿Mas qué me pudo vencer?
¿Qué fascinarme así pudo?
¿Trocóse acaso mi ser?
¿No soy la misma que ayer?
¡Oh Dios! Eso es lo que dudo.
Hoy tierna, ayer desdeñosa,
ayer niña, mujer hoy,
ayer alegre, gozosa,
hoy preocupada, afanosa:
aqueso fuí, aquesto soy.
Perdíme de confiada;
el alma así me lo avisa.
¿Qué fué mi poder?... ¡Ay! nada,
pues le turba una mirada,
pues le vence una sonrisa.
Mas no imagines tan presto
verme, amor, tu prisionera,
ni en la lid á que me apresto
juzgues dejaré mal puesto
el honor de mi bandera.
Alto á lidiar, corazon;
jamás sucumbas así,
lucha con brio y teson,
que quiero tomar leccion
de esos versos que leí.

(Permanece reflexionando).

Escena II.

ROSA, EDMUNDO.

EDM. Bien... frase declamatoria...
(Hablando consigo).
tal es mi plan... pesar hondo...
estilo, así... en pepitoria...
en suma, cosa es notoria,
un artículo de fondo.
¡Mas ella aquí!... no sabia...
ROSA. ¡Edmundo!
EDM. Edmundo tu amigo.
La casualidad me guia,
y pues te hallo, hermosa mia,
la casualidad bendigo.
¿Ves cual mariposa gira
arrastrada de su suerte
en torno á la luz que mira?
¿No viste cuál allí espira
porque la luz es su muerte?
Tal yo insensato, yo loco,
busco el fuego que me inflama,
con imprudencia lo toco,
y así mi muerte provoco
espirando entre su llama.
Quise mi hado rehuir;
mas fué el luchar desatino:
fuerza es amar y morir,
y pues vano es resistir
cúmplase al fin mi destino.

ROSA. Diz que lo amante va junto
con lo prudente y discreto,
y aunque no sé de ese punto,
ya que nada te pregunto
quédate con tu secreto.
Yo te doy el parabien
si vences en lance tal;
sentiré ageno desden;
pero mas no me está bien
y aun pudiera estarme mal.
Tú, que en empresas cual esta
sin duda eres harto ducho,
afan y paciencia apresta,
pues sabes que mucho cuesta
aquello que vale mucho.
Mal de palabras se paga
quien da en cambio un alma entera;
haz que ella se satisfaga,
que nunca á mujer alhaga
saber que otra fué primera.
Este consejo te doy;
esta es la opinion que sigo,
sé quien eres, sé quien soy,
y en lo que escuchaste hoy,
si entiendes, harto te digo.

EDM. (Vaya si lo entiendo... Y tanto.
Mas dura está que pensé.)
Rosa, de oirte me espanto.
Dudar tú de mi quebranto!
Desconfiar de mi fé!
Tú eres la luz do me quemo,
tú el esplendor á quien sigo,

ansio tu mirada y temo,
y sueño en mi amor estremo
vivir para tí y contigo.
Eres bella cual la Hurí;
(cómo sudo!)... y mas lozana
que flor del Misisipí,
cuyo broche carmesí
se abre al sol de la mañana.
Sí, Rosita, yo te adoro,
ó vírgen de amores pura.
¿Y de qué me sirve el oro
si me falta ese tesoro
de virtud y de hermosura?
Vuelve á mi pecho la calma,
premia mi ardiente deseo,
que si me llevo la palma
tuyo será, al par del alma,
todo cuanto yo poseo.
Sé que un porvenir brillante
no fascina tu razon;
mas si con amor constante
algo merece un amante
yo tengo fé en mi pasion.

ROSA. (El caso llegó. Prudencia.)

EDM. No respondes?

ROSA. Eso intento.

EDM. Conduélate mi impaciencia.

ROSA. Para darte esa sentencia
fuerza es que me oigas un cuento.

EDM. Un cuento dijiste!

ROSA. Sí.
Es uno y casi son dos.

De memoria le aprendí.
Ya que á pelo viene aquí
óyelo.

EDM. (Vaya por Dios.)

ROSA. «Amaba Apolo un tiempo á Clicia bella:
rogóle amante, suspiró rendido:
mal le resiste la gentil doncella,
y no bien cede cuando llora olvido.
Razon es que me asombre;
pues si tal hizo un Dios, qué no hará un hombre?
De entonces sin color, suelto el cabello
fija en el astro su mirada ardiente
desde que luce su primer destello
hasta dar en los mares de occidente.
Así la parca, lenta á su agonía,
de aquella triste vida hilaba el copo,
y tal llora, que al fin el dios del dia
la trueca en una flor, en heliotropo.»

EDM. Y bien..?

ROSA. Estame atento,
porque ahora llega lo mejor del cuento.
«Dafne, tambien de Apolo idolatrada,
no cede á su amoroso desvarío:
él la persigue, y ella fatigada
llega al Peneo, de Tasalia rio.
Allí á su padre invoca, allí le ruega
que de aquel audaz númen la liberte,
y el tierno padre, á quien su ruego llega,
en un laurel hermoso la convierte.
Ciñe un ramo á su sien el triste amante,
y de tanta virtud para memoría
al mundo prescribió que en adelante

fuese el laurel un signo de victoria.
Clicia, porque cedió, fué despreciada;
Dafne, que resistió, fué enaltecida;
aquella en pobre flor se vió trocada,
esta en señal de gloria convertida:
y en tal ejemplo viste
que solo alcanza el lauro quien resiste.»
He aquí la historia: no intento
fundar en ella un desden;
mas pues lucha el pensamiento,
voi á meditar mi cuento:
medítalo tú tambien.

Escena III.

EDMUNDO.

¡Vaya una endiablada lógica!
Edmundo, lucido estás.
¡No te faltaba ahora mas
que una prima mitológica!
Con muchos contrarios lidio;
trampas, tia bachillera,
rivales, y por contera
matamorfosis de Ovidio.
Sin embargo, claro infiero
por lo que de sí esto arroja
que es solo un tira y afloja;
que es un no quiero y sí quiero.
Tanta lentitud me inquieta;
porque desde que ví á Rosa

creí que era fácil cosa
tomarla... á la bayoneta.
Pero su maldita parla
esta victoria me birla:
por hambre cómo rendirla?
Pues señor... bombardearla.
Celos sobre ella, y si entrega
su sitiado corazon,
ha de ser á discrecion;
no he de perdonar talega.
Celos?... Mas cáusame risa:
falta que haya aquí con quien:
mañana muda este tren
y yo tengo mucha prisa.
No obstante, es tan bueno el medio
que fuera lástima... Nada:
no hay en toda la posada
mas faldas para un remedio.
Discurramos... Pero tate...
La tia?... Pollo algo duro.
Sin embargo, en un apuro
no es tan grande el disparate.
Fáltale, es verdad, calórico;
mas hallo si lo averiguo
que aunque es documento antiguo
no llega á recuerdo histórico.
Del tiempo y de la ruina
aun preciosos restos saca.
Tal dijo de la Carraca
un ministro de marina.
Celos daré á la doncella
si estotra pega tal cual.

Viuda, fresca y con caudal?...
Apechuguemos con ella.
Fuerza es que el anzuelo trague,
ya que de amor en el gremio
la una es comision de apremio
para que la otra me pague.
Sin embargo... es tan ladina!
Fuera miedo. Quién tal vió?
¿Pues qué, un mozo como yo
se halla tras de cada esquina?
¿Yo, cuyo amor causó tisis
á tanta hermosura en flor,
temer pudiera el rigor
de una belleza ya en crísis?
Si se descubriere el ajo
diré que dar celos quise,
y á poco que la otra avise
echaré por el atajo.
En fin, si falla este enredo,
ya que á Zorrilla leí
diré con él: «Vamba fuí,
Vamba soy, Vamba me quedo.»
Juan. (*Llamando.*)

Escena IV.

D. Edmundo *y* Juan.

Juan. Señor.
Edm. (Pecho á la mar.)
Viste á doña Filomena?

JUAN. No señor: ha una hora buena
que no...
EDM. Bien. Voila á buscar.

Escena V.

JUAN, *despues* DOÑA MARIA.

JUAN. ¡No está mala la embajada!
¡Vaya que el tal señorito!...
D.ª María sale de su cuarto y observa por donde marchó Edmundo.
MAR. (Él es. No me queda duda.)
¿Es usted de casa, amigo?
JUAN. No señora. Soy criado
de un señor que aquí ha venido
de Cádiz.
MAR. ¿Si no es secreto
podré saber su apellido?
JUAN. (¡Si vendrá á hacer el padron!)
No hay misterio aquí escondido.
Se llama D. Miguel Santos.
MAR. ¿Y el que se fué es su sobrino?
JUAN. Si tal.
MAR. ¿Tiene otra sobrina?
JUAN. Si tal.
MAR. ¿Y ese señor tio
no tenia una cuñada?
JUAN. La tiene.
MAR. ¿Dónde?
JUAN. Aquí mismo.

MAR. ¿No está tambien Don Antonio Gomez?

JUAN. Con el amo vino.

MAR. Gracias.

JUAN. No hay mucho por qué.

MAR. (De todo seré testigo.)

(Váse á su cuarto.)

Escena VI.

JUAN.

¡Cuánta pregunta y respuesta!
¿Es mujer ó es catecismo?
¿Será el celador del barrio?...
¿Mas cómo... y el abanico?
Pues señor, quizá consista
en que por fueros antiguos
sea aquí la policía
del género femenino.
¡Sabia medida por cierto!
¡Oh! yo desde luego afirmo
que si este ramo á mujeres
estuviese cometido
ellas averiguarian
obras, vidas, pasos, dichos,
y aun pensamientos; se entiende
gratis, y sin otro ausilio
que la curiosidad propia:
y aun muchas de ellas predigo
que dieran dinero encima;

porque son como los chicos,
los que en vez de ser pagados
dan ellos sus cuartejillos
al sacristan, si los deja
repicar en los bautismos.
Mas pronto lo que buscaba
logró encontrar el mocito.
(Mirando al foro.)
Aquí se acercan. Voy pues
á prevenir nuestros lios.

Escena VII.

D.ª Filomena, Edmundo.

D.ª Fil. Bien. Ya me tienes aquí.
¿Qué prisa es la que te ha dado?
¿Del cuarto de mi cuñado
por qué me sacas así?
¿Es un terrible misterio
el que ahora se me prepara?
¿Por qué así estiras la cara?
¿Por qué te pones tan serio?
¡Hondos suspiros arrancas!
¡Me miras con tal ardor!...
¿Si te habrá inspirado amor
este archivo de Simancas?
Edm. Si usted se burla... me abismo
al considerar...
D.ª Fil. ¿Qué quieres?
Sé que en punto á las mujeres

sigues el eclecticismo.
De esta te entusiasma el pié,
de aquella el rubio cabello,
de una la tez, de otra el cuello
y de estotra el no se qué.
Tanta perfeccion humana
no es dado en una juntar,
que á Petra no has de rapar
para dar su pelo á Juana.
Y pues á pocas condeno
por tal fealdad que espante,
tú eres de todas amante
por lo que tengan de bueno.

EDM. Si usted hablar me dejára...

D.ª FIL. ¿Pues yo acaso te lo quito?
Sin embargo, te repito
que no pongas esa cara.

EDM. Sé que vuestro ceño arrostro
si no sigo tal consejo;
mas pues es del alma espejo
¿cómo habrá de estar mi rostro?

D.ª FIL. ¡Oiga!... Siendo así, ya ves
que escucho punto por punto.
Comienza pues, que el asunto
va picando mi interés.

EDM. Mal el respeto se vence,
y al mirarme en este trance,
temiendo que nada alcance
ni aun sé por dónde comience.

D.ª FIL. Dejemos á un lado ripio
y naveguemos en popa.
Te hago gracia de la sopa:

principia... por el principio.

EDM. Jóven soy como usted ve:
con pasion amé el viajar:
corrí tierras, surqué el mar...

D.ª FIL. Adelante. Eso lo sé.

EDM. Pero lo que usted no sabe
es que mi alma combatida
pide mas tranquila vida:
fuerza es ya que esto se acabe.
Por lo tanto, cosa es ovia,
buscar debo una muger
que me ame y á quien querer.

D.ª FIL. Adelante. No soy novia.

EDM. Que me ame dije, y es llano;
que yo la ame, cosa es clara,
pues que solo así trocara
mi libertad por su mano.
Con mi constancia y ternura
le daré mi patrimonio:
necesito matrimonio.

D.ª FIL. Adelante. No soy cura.

EDM. (Por Dios que corto me quedo.
Tanto «adelante» me seca.)

D.ª FIL. (¿Imaginará el babieca
que suelo mamarme el dedo?)

EDM. Decia que de marido
en buena sazon me hallo.
Yo ya corrí mi caballo,
harto en el mundo dí ruido.
Con tal esperanza absorta
el alma busca este bien,
y tal vez halló ya quien...

D.ª Fil. ¿Pero eso á mí qué me importa?
Que tu fé sea ó nó pura,
que tú te cases ó nó,
¿qué se me da á mí, si yo
ni soy la novia ni el cura?
No mas me saques de quicio
con tus angustias secretas,
pues ni tengo hijas, ni nietas,
ni está á mi cargo el hospicio.

Edm. Mas si el asunto no es tal...
Si es usted ese embeleso.

D.ª Fil. ¡Qué me dices!... Pues ya es eso
harina de otro costal.
¡Con que yo soy!... ¿Será cierto?
¡Tal sorpresa me previenes!
Ay Edmundo, cosas tienes
que hicieran reir á un muerto.
¡Yo que de vieja me tildo,
hallar quien así me alaba!
¡Yo un novio, cuando esperaba
cruz de San Hermenegildo!
¡Yo en alza, cuando al revés
segun mi tanto por ciento
ya me creí documento
de deuda sin interés!
¡Yo con mi fecha! Ya es obra.

Edm. Señora, me desespero.
Para lo que yo la quiero
ni le falta ni le sobra.
Mis cálculos son sencillos.
Veinte y cinco cuento ya,
y usted... treinta.

D.ª Fil. Sí. Eso habrá
que hacía planas de puntillos.
Edm. Sean seis mas..
D.ª Fil. (Sin los que callo.)
Edm. ¿Es eso una senectud?
Sois fresca, teneis salud...
D.ª Fil. A prueba de ojos de gallo.
Edm. Sois rica además, y hareis
que alguna francesa os vista.
Con una buena modista
nadie os hecha veintiseis.
Ved con cuan poca razon
os juzgais ya amortizada.
Dejad, que dentro de nada
yo os pondré en circulacion.
D.ª Fil. Una vez que tanto valgo
y que en mi red te prendí,
no es justo que ceda así;
forzoso es que penes algo.
Es cosa muy natural:
mi pudor tal me lo avisa;
pues si ven que tengo prisa
pierdo la fuerza moral.
Hay tiempo gracias á Dios:
evitemos otros daños,
que sobre cuarenta años
no hacen mella un mes ni dos.
Edm. Fuérame cosa liviana
obedecer su mandato:
¿mas cuándo tendré otro rato?
¿Olvidó usted que mañana?...
D.ª Fil. Parto de aquí. Y bien, mejor.

Con mas fuerza ahora te obligas.
¿Quién te quita que me sigas?
¿No cabes en el vapor?

EDM. Aunque me cause perjuicio
iré; mas solo si alcanza
mi amor alguna esperanza.

D.ª FIL. (Necio, vas al precipicio.)
¿Prosigues en ese empeño?...

EDM. ¿Cómo nó, si tanto gano?
(Rosa abre la puerta de su cuarto y al verlos se retira. Edmundo la ve.)

D.ª FIL. Entonces...

EDM. Oh, en vuestra mano...
(*La besa.*)

ROSA. (¡Es esto verdad ó es sueño!)

EDM. (Allí está. Beba las heces.)

D.ª FIL. Mi alma á mi pesar se inclina...

EDM. Sigue, mujer peregrina.

D.ª FIL. Sé lo mucho que mereces...

EDM. Con una palabra sella
la esperanza que en tí fundo.

D.ª FIL. Es mucho exigir, Edmundo.

Escena VIII.

Dichos y ROSA.

ROSA. Yo responderé por ella.

EDM. (Saltó la prima. Bien va.)

D.ª FIL. Serás tú acaso quien piense?...

ROSA. Ruego á usted que me dispense.
(*A Doña Filomena.*)

Oiga usted lo que dirá. (*A Edmundo.*)
Dirá que es un hombre infame
el que á dos á un tiempo engaña.
Dirá que es justa la saña
de la que mujer se llame.
Dirá que clama á los cielos
esa conducta malvada,
ya que el mundo no hace nada
al que asesina con celos.
Dirá, aunque nadie se asombre,
que á ninguna tuvo amor,
y en fin, que es usted traidor,
porque al cabo es usted hombre.

EDM. (Me habla de usted. Esto es hecho.
Cállome, y haya lo que haya.)

D.ª FIL. Todo eso dirá?... ¡Pues vaya,
no lo tomas muy á pecho!
Si es que su amor te interesa,
por qué le causaste enojo?
¿Hago yo mal si recojo
las migajas de tu mesa?
¿Mudar no puede el enfermo
si el doctor no se dió trazas?
¿Si á este diste calabazas
se irá á ser padre del yermo?
Mirado hubiéraslo antes;
mas luego no puede ser,
que eso fuera establecer
un monopolio de amantes.
No sé si Edmundo te habló:
lo que te dijo no sé;
pero por lo que se vé

sin duda te enamoró.
Tú eres un retoño tierno,
yo soy ya dura madera;
teniendo en tí primavera
no fuera buscar mi invierno.
Por tanto, ó yo soy muy zote,
ó por despique, este cuyo
no ablandando el pecho tuyo
se vino á mí de rebote.

ROSA. Pues ahora me toca á mí.
¿Dígame usted, señor mio?
No me habló aquí de albedrío,
de mariposa y de Hurí?

EDM. Sí.

ROSA. ¿Pude á tanto darle yo
pié con palabra ó mirada?
¿Provoqué yo el ser amada
si es cierto que usted me amó?

EDM. No.

ROSA. Mi descargo en eso está.
Os acuso de insconstante,
de mal hombre y mal amante:
el mundo nos juzgará.

EDM. Tratasme con injusticia.
Me acuerdo de aquel momento,
y tengo en el alma el cuento
de tu Dafne y de tu Clícia;
pues al mirar que á mi amor
respondias con historias,
las tuve por moratorias
propias de mal pagador.
A ser tú menos erguida

no tuviera yo disculpa,
y así á tí propia te culpa,
si me pusiste en huida.
Buscaste el lauro, y lo hallaste;
te amaron, y resististe:
quizá al hacerlo quisiste
disimular que á otro amaste.
El consejo seguí bien
y de ello no me arrepiento:
tú meditaste tu cuento:
yo le medité tambien.

Escena IX.

ROSA *y* DOÑA FILOMENA.

ROSA ¡Es cierto, Dios de mi vida,
que así me miro acusada!
¡Con que al obrar cual honrada
se me tiene por erguida!
¿A quién será que yo pida
consejos en mi querer?
¡Cuando cumplo mi deber
me culpan de sinrazon!...
¡Si el mundo es de esta opinion,
triste cosa es ser muger!

D.ª FIL. Deja en paz, Rosa, á los cielos
y vamos á lo que importa.
¿Hombre que tan mal se porta
puede merecer desvelos?

ROSA. Es que me ahogan los celos.

Es que pena el alma mía.

D.ª Fil. ¡Jesus, y que tonteria!
¿Soy yo acaso...?

Rosa. Mi rival.
Vuestra vista me hace mal...
Perdónemelo usted, tia.

Escena X.

Doña Filomena.

Sí... le sobra la razon.
¡cual va la pobre muchacha!
Ella se tiene la culpa
por fiarse así de maulas.
Pero en suma... vamos claros.
¿quién ha sido la engañada?
¿Lo fué ella, ó lo fuí yo?...
Bien mirado, somos ambas.
Rosa se tragó el anzuelo;
mas yo que no supe nada
juzgué ser el interés
el que hácia mí lo guiaba.
Yo soy mas rica que ella.
Tengo mas años... ¡gran falta!
ó mejor dicho... ¡gran sobra!
Pero este tal por las trazas
tiene el corazon metálico,
y es hombre que no repara
en edades ni en andróminas
si se redimen con plata.

Finjiendo pagar su amor
con una leve esperanza
en pos de mis peluconas
á Sevilla le llevaba.
Era un rapto masculino
de agravantes circunstancias;
pero forzoso en tal trance.
Antonio entonces, sin nada
que pudiera hacerle sombra,
vencer acaso lograra
á fuerza de machacar
el corazon de su dama:
que hay de ellos de tal calibre,
y hay de ellas de tal calaña
que abrumadas del cariño
de algun amante de á placa
hecho á prueba de desdenes,
camaleon de esperanzas,
por librarse de su amor
al postre con él se casan.
Una vez allí, escribiera
á María, y así entrambas...
¡Mas no es ella...!

Escena XI.

DOÑA FILOMENA *y* MARIA.

MAR. Sí... ella es.
D.ª FIL. Abrázame.
MAR. Con el alma.
D.ª FIL. ¿Tú en Sanlúcar?

MAR. Yo en Sanlúcar,
y á mas, de todo enterada.
D.ª FIL. ¿Luego sabes...?
MAR. Escuché
cuanto pasó.
D.ª FIL. ¡Pobre alma!
Pensaba en tí, por si acaso
pudiéramos hallar traza
para volver al redil
tu oveja descarriada.
MAR. Si tal me ves, reflecsiona
cuan remota es mi esperanza.
D.ª FIL. No desmayemos. Aquí
un presentimiento me habla,
y si feliz no te veo
no serás tan desdichada.
MAR. Siento gente. A mi escondite.
D.ª FIL. Yo te iré á ver. Mucha calma,
mucha prudencia. Estos lances
se pierden si falta maña.

Escena XII.

DOÑA FILOMENA, D. MIGUEL, EDMUNDO *y* ANTONIO.

MIG. Pues señor, como decia,
yo pasara aquí contento
una temporada larga.
Como bien, me gusta el pueblo,
buenas frutas, aires puros,
fértil campo y trato bello.

Pienso para otro verano
tomar aquí un apeadero.

EDM. Que me place. Para entonces
traeré mi tiro de negros
y el landó azul. ¡Qué trotadas
por esa playa daremos!

MIG. ¿Se contará con usted? *(A Antonio)*

ANT. Yo no sé si tendré tiempo:
la oficina ..

MIG. De aquí allá
tal vez ya no tenga empleo.

ANT. Mil gracias por el presagio.

MIG. Tal, amigo, es el *memento*
de todo aquel que en España
cobra del estado un sueldo.
Cada crísis es un cólera,
cada plan un cementerio,
un tifus cada instruccion
y una plaga cada arreglo.
Vea usted con cuanto motivo
juzgo, por mas que lo siento
le he de ver de los pasivos
en el insondable piélago.

ANT. No le diré á usted que no;
mas mi relacion de méritos...

MIG. Muy buena para su lápida
despues que se haya usted muerto.

EDM. ¡Triste cosa es un destino!

MIG. Por fuerza. ¡Tantos á ellos!
Hay, verbigracia, un muchacho
y en la casa hay pocos medios.
¿Qué se hará de él?—¿Militar?—

Sobran en los regimientos.
—¿Comerciante?—Ya no hay flotas.
Volaron el Perú y Méjico.
—¿Estudios?—Pero si el chico
cumplió doce ha mes y medio
y está en el *chan*, *chin*, *chon*, *chun*.
¿Cómo ha de entrarle á los verbos?
Además... ¡una carrera!...
¡Si es un proceder eterno!
Trece años simple abogado,
catorce años simple médico
para no tener despues
ni uno curas ni otro pleitos.
Pues señor, á pretendiente.
Se intriga, llueven empeños,
esplótanse los servicios
de padre, madre ó abuelo,
importunan al ministro,
al oficial, al portero
é importunaran al diablo
por conseguir un empleo
aunque fuera de escribiente
de los profundos infiernos.

D.ª FIL. A otra cosa. ¿Y esta tarde
qué hacemos de nuestros cuerpos?
¿piensas salir.

MIG. Todavía
la Calzada está hecha un fuego.
y pues la noche es mejor
pasarla tomando el fresco,
con un rato de tresillo,
que es mi vicio, se hace tiempo.

D.ª Fil. (¡Maldito azar!) ¿Y Maria?
Yo haré que se vayan presto.)
Mig. Usted no sirve; es chambon. (*A Ant.*)
Ant. Si sabe estoy aprendiendo.
Mig. Hace cosa de seis meses
que siempre dice lo mesmo.
Ant. Soy torpe.
Mig. De conveniencia.
Ant. ¿Usted cree?..
Mig. Lo que creo
es que mira á los que juegan
en vez de mirar al juego.
Ant. (Ya me suben los colores.)
Mig. Y tú? (*A Edm.*)
Edm. Yo no juego á eso.
Mig. Pues acudamos á Rosa,
que sin jugar no me quedo.
(*Váse al cuarto de Rosa.*)

Escena XIII.

Doña Filomena, Antonio, Edmundo.

Edm. No lo estrañe usted si vé (*Bajo á D.ª Fil.*)
que ahora á su lado me siento.
Nuestra pasada entrevista
quedó pendiente y...
D.ª Fil. Ya entiendo.
(¿Qué haré?... Si le desengaño
vuleve á Rosa en el momento.
Ella le perdona: es claro,

y toma el asunto vuelo.
No: mientras sea posible
conviene tenerlos lejos.)

ANT. Ay Dios! usted me abandona. (*A D.ª Fil.*)

D.ª FIL. Se engaña. Por hoy no puedo,
pero mañana temprano
cuente con que aquí lo espero.

Escena XIV.

DOÑA FILOMENA, ROSA, D. MIGUEL, EDMUNDO *y* ANTONIO.

(Juan con la caja de tresillo que pone sobre la mesa. Don Miguel se pone á arreglar los dotes.)

ROSA. (Celos pruebe pues los dió.)
Antonio?

ANT. (¡Lo habré soñado!)

ROSA. Siéntese usted á mi lado.

ANT. ¿Seré tan dichoso yo?..

ROSA. Cuenta con que sola á mí.
Cuenta con que no transijo.
Ameme usted hoy: lo exijo.

ANT. ¡Que la ame!...

ROSA. ¿No oyó que sí?

EDM. (Bien... ceño... miradas hoscas.)

D.ª FIL. (Habla á Antonio. ¿Qué hará de él?
Un juguete. Haceos miel
para que os coman las moscas.)

(D. Miguel presenta tres cartas para sortear asientos.)

D.ª Fil. Oros.
Rosa. Bastos.
Mig. Copas yo.
Tú á mi derecha, tú acá.
Ant. (Pero señor, qué será!)
Mig. A jugar, y buena pró.

(Siéntanse. D. Miguel al frente, D.ª Filomena á un lado y Rosa al otro. Edmundo se coloca al lado de la primera, y Antonio al de la segunda. Comienzan á jugar.)

Ant. (Gocemos sol mientras dura.)
Rosita... (Ay Dios! que me mira.)
¿Este amor que usted me inspira
alcanzará al fin ventura?
D.ª Fil. ¿Decias, pues, que ese fuego... (*A Edm.*)
Edm. Decia que en él me abraso;
y si usted me amara...
Rosa. Paso.
Edm. Fuera mi cariño...
Mig. Juego.
D.ª Fil. Aunque ves que ahora te escucho, (*A Edm.*)
lo de antes está aquí fijo.
Que satisfagas exijo:
no creo que pido mucho.
Edm. Aquesa es, tia, una treta;
y aunque acaso harto exigís,
pues satisfaccion pedís
yo os daré la...
Mig. Voltereta.
Rosa. ((¡Oh! yo he de matarle á enojos:
lo aseguro por mi nombre.
¡Dejarme!... ¿pero ese hombre
adónde tiene los ojos?)

ANT. Un año hace ya, señora, (*A Rosa.*)
que arrastro grave cadena;
¿mas será eterna mi pena?
¿No logrará el que así adora?
ROSA. Tal vez... No es gran maravilla,
que el tiempo todo lo alcanza.
ANT. Aunque leve es esperanza.
ROSA. Arrime un poco la silla.
EDM. Inconvenientes arrolla
quien, cual yo, nunca se arredra.
(Duro... ó la prima es de piedra
ó esta le levanta ampolla.)
MIG. Descubramos el teatro. (*Enseña el juego.*)
No hay falencia como ves.
Puesta, si tienes el tres;
Si nó, la saco por cuatro.
D.ª FIL. Yo no le tengo.
MIG. Mejor.
Sin embargo, aunque la gano,
diré á entrambas que esta mano
nadie la juega peor.
La una me fia un caballo
que no lo fiaran moros;
sáleme la otra por oros
sabiendo que era mi fallo.
Jugais como dos orates,
y gracias de ello á Dios doy,
pues perdiera como soy
si no hiciérais disparates.
D.ª FIL. (Temprano empezó el sermon.)
Casi me tienes vencida. (*A Edm.*)
ANT. ¿Y en fin, dueño de mi vida... (*A Rosa.*)

ROSA. Un poco de mas pasion. (*A Antonio.*)
ANT. (¿Pero qué querrá que haga
si me estiro como un galgo?
Yo sudo... me va á dar algo.)
EDM. Amor con amor se paga.
ANT. Ya no sé por donde iba...
Sí... en la abeja... Mi pasion
probó su agudo aguijon,
pero no la miel que liba.
Mis deseos siempre castos
no hallaron correspondencia;
mas el tiempo y la paciencia...
MIG. Vuelvo á jugar.
D.ª FIL. ¿A qué?
MIG. A bastos.
ANT. ¿Mi amor de usted se promete
que al fin el lauro le ciña?
ROSA. Mas alma.
ANT. (¿Quiere esta niña
que vuele como un cohete?)
EDM. (¡Y Rosa! ¡qué poquedades!
Me da celos... ¿Y el cuitado?
Como al cabo es empleado
está hecho á interinidades.)
D.ª FIL. ¿A Rosa con mil estremos
no pintaste amor ardiente?
EDM. Consejo muda el prudente.
MIG. ¿De triunfos cómo estarémos?
ANT. Sin rival, vos lo sabeis,
siempre os he amado...
MIG. Y van tres. (*Contando los*
ANT. Pero hoy... ¡oh pena! al reves, *triunfos.*)

somos dos.

MIG. Y tres, son seis.

EDM. ¿Pues no digo que usted sola (*A Filom.*)
es mi dicha, es mi embeleso?
¿No le digo todo eso?
¿No sabe que aquesto es?...

MIG. Bola.

D.ª FIL. Con suerte, Miguel, te hallo.
Afortunado fué el dia.

ROSA. Hasta el fin nadie se ria. (*Con intencion*).

MIG. Tengo el alma en un caballo.

EDM. (Bueno .. Picada está ya.)

MIG. Va la falsa. ¡Dios me escuche!
Mas pasó. Cinco de estuche
y bola. Vengan acá.
Os la dí. Aquesto es lo cierto.

ANT. ¿Rosa, á usted nunca le toca?
Ya se me seca la boca
y como si hablara á un muerto.

ROSA. Ah! sí... fué una distraccion.
No entendí... No llegué á oir...
Mas vuélvamelo á decir.

ANT. Va la segunda edicion.

ROSA. ¿Vé usted como una no puede?...
Me distraje un punto á fé
y la bola no corté.

ANT. ¿La bola?... Dejad que ruede.

EDM. Ni ando tan de sobra... (*A Filom.*)

D.ª FIL. Solo.

EDM. Ni soi acaso tan malo
que de usted merezca un...

MIG. Palo.

D.ª Fil. Copas.

Ant. Si me diese Apolo
pulsar su lira preciada,
¡Dios mio, con qué placer
celebrara á la mujer! ..

Mig. Eso es una chambonada. (*A Rosa.*)

Rosa. No será el aviso en vano. (*Con intencion.*)
Si otra vez llega á ocurrir
yo me estaré á ver venir
con dos cartas en la mano.

Mig. Los rudimentos primeros
de todo juego ahí verás.
Ojo alerta siempre.

Rosa. Y mas
si se juega con fulleros.

Edm. (Mil gracias; ese soy yo.)

Ant. Pues tanto tiempo sufrí...

Rosa. Jamás le dí á usted el sí,
mas tampoco le dí el no.

Mig. Esto es desbarrar á pasto.
Yo estoy aquí haciendo el bobo.
¿No miraste que fuí al robo?
¿No sabes que tengo el basto?
¡Nunca ví cosa como esta
ni de jugar tales trazas!
¿Por qué me quitas las bazas
teniendo en mano la puesta?
¿Díga usted si aquesto es ley? (*A Ant.*)
Yo voy á robar primero
con cuatro. (¡Me desespero!)
de mala, basto y un rey:
robo otro triunfo y un fallo.

¿No hay para hacer contra aquí?
¿Diga usted?

ANT. Sí, señor, sí.

MIG. Pues bien, (de cólera estallo)
cual si en su vida al tresillo
jugado hubiera, se endosa.
La puesta era fija cosa:
ya ni puesta ni codillo.

ROSA. Es que no me siento buena.

MIG. Habláras para mañana.
No creas que tengo gana
de darte con ello pena.
Acábese ya por hoy:
mañana será otro dia. (*Se levantan.*)

ROSA. ¿Y usted qué piensa hacer, tia?

D.ª FIL. Rosa, yo en casa me estoy.
Cierto negocio importante...
mas no por eso te quedes. (*A ella aparte.*)
Cedo el campo: escoger puedes
como entre peras amante.

ROSA. Puesto que usted lo consiente
usaré de su permiso. (*Como picada.*)

EDM. ¿Yo tambien salgo? (*A D.ª Filomena.*)

D.ª FIL. Es preciso:
lo demás fuera imprudente.

MIG. Voy á tomar mi sombrero.
Haga otro tanto el que quiera.

D.ª FIL. (Veamos mi prisionera.)

MIG. En mi cuarto los espero.

Escena XV.

ROSA, ANTONIO.

ROSA. Antonio.
ANT. Bella Rosita.
ROSA. Si no le causa embarazo
luego déme usted el brazo.
ANT. Mucho me honrais, señorita.
ROSA. Mas con una condicion.
Usted seguirá en su empresa.
ANT. Mayor dicha al alma es esa.
¿Pero usted?...
ROSA. No mas; chiton.

Escna XVI.

ANTONIO.

¡Peregrina es la cosa!
¿Qué será al fin de mí?
¿Soy amante de burlas
ó en carrera me ví
de alcanzar con mis súplicas
su mano de marfil?
Tal vez (que tanto alcanza
la astucia mujeril)
conmigo se dan celos,
y entonces sirvo aquí
lo que para un bizcocho

sirve el ajonjolí.
¿Cuál será de ambas cosas?...
Mas vano es discurrir,
que todo enamorado
tiene enfermo el magin.
Oh! con cuanto motivo
yo pudiera decir
como el Dómine Claudio:
«¡Ay que no sé de mí
si voy por *musa musae*
ó voy por *quis vel qui*!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Escena primera.

JUAN.

Las siete. Muy buena hora.
Nada por arreglar queda,
y en cuanto lleguen los coches
estamos de la otra vuelta.
¡Oh Cádiz! ya entrar deseo
de tu muelle por las puertas,
que me parecen tres siglos
estos tres dias de ausencia.
No es mucho, pues dejé en él
la mas salada viñera
que oye misa allá en la Palma
y se baña en la Caleta:
de aquellas que pisan recio,
limpia boca, tez morena,
el rodete en el cogote
y la nagua á media pierna.

Pero puesto que, á Dios gracias,
por tan poco se pleitea,
para cumplir otro encargo
mantengámonos alerta.

(Abrese la puerta del cuarto de D.ª María.)

El cuarto se abre... Señora.
Ya me ha visto y sale afuera.

Escena II.

D.ª MARIA *y* JUAN.

MAR. ¿Me engaño, ó es usted criado
de Don Miguel?
JUAN. Cosa es cierta.
MAR. Y entonces?
JUAN. Oigame usted.
Mi ama Doña Filomena
es solo la que me envia;
encargándome advirtiera
si estaba usted levantada.
MAR. Y qué hace?
JUAN. En su cuarto queda
preparándose al viaje
hace cosa de hora y media.
MAR. Decidla que estoy aquí.
(Oh! cuánta delicadeza!
su amor respeta aun mi sueño.)
JUAN. Diréle que al punto venga.

Escena III.

MARIA.

«Las tierras corrí,
los mares pasé:
ventura busqué;
no la hay para mí.»
Tal dice el cantar;
tal pude decir
desque probó el alma
veneno sutil.
¡Oh, cuanta amargura
rebosa de aquí!
¡Oh, cual emponzoña
mi triste existir!
Acerbas memorias
de mi frenesí,
punzantes recuerdos;
dejadme morir.
Adoróme un hombre,
díjomelo así,
incauta le amé,
necia le creí;
«ventura busqué;
no la hay para mí.»
Bello, cual es bella
el aura de Abril
pareció á mis ojos:
luché, resistí,

y, el alma en pedazos,
al fin sucumbí.
Dios mio, tu sabes
cual fué mi sufrir;
tú sabes que opuse
en tan fiera lid,
astucia á la astucia
y ardid al ardid.
De entonces tibieza
en mi amante ví,
y luego desden,
y abandono al fin.
Siguiendo su huella
hoy me veo aquí,
pudiendo cual antes
ahora repetir:
«Los mares pasé,
las tierras corrí:
ventura busqué,
no la hay para mí.»

Escena IV.

D.ª Filomena, D.ª Maria, *despues* Juan.

Mar. Ven, en tí sola el consuelo
halla la triste alma mia.
D.ª Fil. Ten valor, pobre María,
tambien te lo dará el cielo.
Mar. Mi mente ninguno alcanza:
tu esperanza es ilusoria.

¿No sabes cual es mi historia?

D.ª FIL. Déjame con mi esperanza.
Sé muy bien quien es Edmundo:
vano, pervertido, infiel.
Todo eso conozco en él,
mas tambien conozco el mundo.
Esos que todo atropellan
de freno y razon privados,
son caballos desbocados
que ó se paran ó se estrellan.
Del dilema no te asombres
que por Edmundo no hablo.
No se estrellará: hay un diablo
que ruega por esos hombres.

MAR. Lejano y dudoso al par
es el consuelo que ofreces.

D.ª FIL. Pues tu pena no mereces,
justo es en Dios confiar.
Fué aventurado aquel paso;
mas se dió, de él ya no hablemos:
discurramos, esperemos
y algo se fie al acaso.
Mucho desde ayer pensé,
discurriendo no dormí,
mas, fuerza es decirlo así,
nada pude hallar á fé.
No adivino de qué modo...
Callar es terrible aprieto:
si descubres tu secreto
entonces lo pierdes todo.

MAR. ¿Mas Edmundo persevera
en su amor á tí?

D.ª Fil. Ese maula
aun es mi Amadis de Gaula;
mas que parto considera
muy luego, y si en tanto pilla
al vuelo alguna mirada
de la niña enamorada,
ya no le llevo á Sevilla.
Ella lo hará de seguro;
él triunfará por supuesto:
esto es lo que temo, esto
es lo que causa mi apuro.

Mar. ¡Que así me venda el infiel!

D.ª Fil. Por mas que en ello imagino
no encuentro mejor camino
que descubrirse á Miguel.

Mar. ¿De todo punto?

D.ª Fil. No tal.
El no es ningun Salomon,
y el no obrar con discrecion
fuera añadir mal á mal.
Su ingenio es poco profundo,
y queriendo evitar daños,
entre propios y entre estraños
lo contára á todo el mundo.
Te repito lo de antes:
tu posicion considera,
y no fies á un cualquiera
secretos tan importantes.
No reveles mas que un nombre.

Mar. ¿Miraráme con desprecio?

D.ª Fil. Fía, que aunque un poco necio
es un escelente hombre.

¿Te resuelves?

MAR. Mi licencia
ya para todo te he dado.

D.ª FIL. Juan. (*Llamándolo*).

JUAN. ¿Señora?

D.ª FIL. A mi cuñado
que le espero con urgencia.

MAR. ¿No me abandonarás? ¿No?

D.ª FIL. A tu lado quedaré.

MAR. ¡Oh momento!... Tiemblo á fé.

D.ª FIL. No temas que aquí estoy yo.

Escena V.

Dichas y D. MIGUEL.

MIG. Filomena... (¡Mas qué es esto!)
Perdone usted, señorita.
(¡Que airecito tan honesto!)
¿Si es que acaso soy molesto?...

D.ª FIL. ¿Lo dices por la visita?

MIG. Si tal. No tengo el honor...

MAR. La que aquí os viene á implorar
debe tenerle mayor.

D.ª FIL. Viene á pedir tu favor;
viene consejo á buscar.

MIG. (No ví tal cosa en mi vida).
Señora, no se alborote:
cuanto yo alcanzáre pida.

MAR. Mi alma os está agradecida.

MIG. (¡Si seré yo Don Quijote!)

¿Pedís consejo? Al instante
sin interés darlo cuento.

D.ª FIL. Eso sí que es ser galante.
Ya ves, aunque comerciante,
no lleva el tanto por ciento.

MAR. Vuestra bondad, que es notoria,
impresa queda en el alma,
y aunque grave á mi memoria
para contar esta historia
os pido atencion...

D.ª FIL. Y calma.

MAR. Nací en Valencia la hermosa
cuando contraria fortuna
abrió á mi padre la losa;
mas una madre amorosa
cuidó de mi pobre cuna.
Yo sus ejemplos seguí,
al par de ella crecí honrada;
ni un pensamiento hasta aquí
pudo desdecir en mí
de una virtud acendrada.
Hablar así se perdone
á quien tanto luchó en vano.

D.ª FIL. No falta aquí quien te abone.

MIG. (Aquesta el parche se pone
antes que le salga el grano).

MAR. Aquella honrada pobreza
llevé con resignacion;
¿mas cuál juvenil cabeza
no sueña con la riqueza
y el lujo y la ostentacion?
No anhelar es desatino

en la miseria la gala;
mas si tal quiere el destino,
en elegir el camino
consiste el ser buena ó mala.
Un señor rico y anciano
que amigo fué de mi padre
pidió con afan mi mano:
cedí á mi deseo vano
y al cariño de una madre.
Yo no amaba á otro ninguno
y esto mi aquiescencia esplica:
luché mal, rogó importuno,
y al fin, sin temor alguno,
me resigné...

MIG. Ya, á ser rica.

MAR. No la sola vanidad...

MIG. ¿Mas quién tal en cara os echa?
Bien obrásteis en verdad,
que un duro no tiene edad
aunque veis que tiene fecha.

MAR. Con tal fuerza le arrastró
su amor, y de tal manera
le prendé, que estipuló
si muriese antes que yo
dejarme por heredera.
Mi madre murió, y lo esplica
dolor que sentir no basto:
otra muerte le duplica,
y héme jóven, viuda y rica.

MIG. (Espada, malilla y basto).

MAR. Mi penar principia aquí.
De un jóven en la pasion

necia, insensata creí;
y aunque yo le defendí
triunfó de mi corazon.
Mas á poco aquel vil hombre
me dejó en dolor profundo:
huyó de mí: no os asombre
cuando aquí os diga su nombre.
Es vuestro sobrino Edmundo.

MIG. ¡Mi sobrino! ... ¡El calavera!

D.ª FIL. El mismo. Por eso ayer
le hablé de aquella manera.
La del Turia. Sí, esta era
la desdichada mujer.

MAR. Siguiendo mi mala estrella
y de un criado guiada
camino en pos de su huella,
que quien todo no atropella
es que no está enamorada.
Ayer tras él llegué aquí;
mas mi afan nunca reposa;
pues ciego en su frenesí
requerir de amor le oí
á vuestra sobrina Rosa.

MIG. ¡A Rosa!... ¡Que tal escuche!

MAR. Mariposa es de su luz.

D.ª FIL. Y á mí tambien.

MIG. ¡Tres de estuche!
¡Ese hombre tiene un buche
lo mismo que un avestruz!

(Suena dentro una campanilla.)

D.ª FIL. Su campanilla sonó.
Señal que se ha levantado.

Vete, que aquí quedo yo
y todo á perder se echó
si viene.

MIG. (¡Mas qué malvado!)

MAR. No haré yo tal desvarío:
fuerza es que el consejo siga.
Señor, aunque sois su tio,
en vuestra probidad fio.
Os dejo aquí con mi amiga.
(Éntrase en su cuarto).

Escena VI.

DOÑA FILOMENA *y* DON MIGUEL.

D.ª FIL. (Su llaga está siempre abierta...)
¿Y bien, qué dices, cuñado?

MIG. Que hecho un poste me he quedado.

D.ª FIL. Yo sé que esa historia es cierta.

MIG. Siendo así, dudar no es dable.

D.ª FIL. No hacen mella en su alma helada
ni honor, ni deber ni nada.

MIG. Es un alma impermeable.

D.ª FIL. Lo que harémos de él no sé.

MIG. ¿Tú quieres desjarretarlo?...
Vaya un proyecto... Casarlo.

D.ª FIL. ¡Casarlo!...

MIG. Diré por qué.
Corrióse un toro en Sevilla
de tan fiera condicion
que ni en pié dejó peon

ni picador en la silla.
Su fiereza era estremada,
y á este pillo, al otro atrapo,
cada golpe fué un gazapo
y un duelo cada cornada.
Porque mas sustos no pasen
que lo encierren se pidió;
mas uno esclamaba: «No...
Que lo casen, que lo casen.»
Grita el pueblo á mi andaluz
para que esplique su intento,
por ver como el casamiento
puede ablandar tal testuz;
y él con robustos pulmones
dijo: «Mas bravo yo fuí;
caséme, y ahora... ¡ay de mí!...
ni aun puedo con los calzones.»

D.ª Fil. Tu idea aquí mal se aplica
por mas que decirlo sienta.
Con mi amiga no hagas cuenta.

Mig. ¿Pues no es viuda? ¿Pues no es rica?

D.ª Fil. Sí; mas sabe que el difunto,
aunque atento á su deber
todo dejó á su mujer;
mandó de morir á punto
por testamento formal,
que si su viuda María
nuevas nupcias contraía
pasase todo el caudal,
de otros parientes á falta,
á un su pupilo; de modo
que casada pierde todo.

MIG. Su intento á los ojos salta.
En fin, la cláusula es fuerte.
D.ª FIL. Ya ves si la habrá cumplido.
MIG. Ese quiso ser marido
hasta despues de la muerte.
Mas en fin, dí Filomena,
¿qué hacer en mal tan notorio
de nuestro Don Juan Tenorio?
¿Juzgas fuera ocasion buena
para imponerle respeto
de revestirnos de tios,
reprendiéndole esos lios
y ese amor así... en terceto?
D.ª FIL. Quien á su deber no escucha
poco de un tio hará caso.
Reflexiona que este paso
no nos sacará de lucha.
MIG. Pues revelémoslo á Rosa.
Sabes me ama con estremo.
D.ª FIL. Que nada adelantes temo.
No, Miguel, no hagas tal cosa.
Por mí ya de celos trina.
¡Por mí, que tengo espolones!
Si vé rival de otros dones
de seguro desatina.
Si esto llega á acontecer
fuera posicion muy falsa;
que es doña otra la salsa
del amor de una mujer.
Sin darte por entendido,
sin meterte á dar consejos,
á uno ten del otro léjos:

mucha maña y poco ruido.
Aquesto has de hacer, cuñado.
Ganemos tiempo, es el todo.
Vé de entretenerle el modo:
yo sé bien que está arruinado.

MIG. ¿Conque no hay plata?

D.ª FIL. Ni aun cobre.
Que ella tal conozca quiero,
pues el amar sin dinero
solo es pleitear por pobre.
Y al saber que aquel landó
y los bayos y los tordos
fueron embustes muy gordos
con que el pillo os embaucó,
fuerza es que tibieza muestre
y que su engaño reproche,
pues amor que entra con coche
pierde mucho en ser pedestre.
En fin, tú vigila atento;
que si de abusar tratára...

MIG. Estoy. Luego ni aun pagára
con papel del tres por ciento.

D.ª FIL. ¿Deseas mas?

MIG. No... Adios. Tu ayuda
pediré y tu buen consejo.
(Sagaz anduvo aquel viejo
cuando amortizó á su viuda). (*Váse.*)

Escena VII.

DOÑA FILOMENA.

¡Singular ha sido el viaje
y en aventuras no escaso!
¡Oh tú, pueblo de Sanlúcar,
que entre terrestre y acuático
miras de un ojo á Sevilla
y de otro al mar gaditano!
¿Quién me dijera que en tí
topára á cuarenta y tantos
para lo de *in facie eclesiae*
con mozo de á veinte y cuatro?
Si esta virtud hay en tí
no la calles, al contrario,
haz que la fama en sus trompas
la cuente á propios y á estraños;
y cuando el mundo conozca
la gracia que Dios te ha dado,
cuando sepa que es el Betis
el Jordan de aquestos campos,
pues si uno borraba culpas
borra otro patas de gallo,
muy pronto á tus dulces playas
desde climas apartados
acudirán cincuentonas
cual á feria acuden asnos.
Niñas las que entrais en quintas,
apartad, dejadnos paso,
que es bien cedan los bisoños

si lidian los veteranos.
Viudas las de mi tiempo,
no os asusten los estragos
que el viejo Dios de las alas
causa en el género humano.
No de la fé de bautismo
la fecha os dé algun cuidado;
que si sois ricas, podréis
navegar á todo trapo
por el piélago del mundo
sin miedo de dar en bajos:
y aunque por las mares gruesas
vuestro buque haya quedado
haciendo agua por los fondos
y con avería el palo,
no ha de faltaros un prójimo
que asegure carga y casco.
Mas ya acudiendo á la cita
llega mi pobre empleado.
¡Oh amor, que hasta te introduzcas
en carpetas y en legajos,
y hasta en la grave oficina
vayas á buscar esclavos!

Escena VIII.

DOÑA FILOMENA *y* ANTONIO.

ANT. ¡Ay señora!... ¿Usted no sabe?...
D.ª FIL. ¿Qué he de saber, pese á tal?
ANT. Que he sorprendido miradas,

que señas he visto ya,
que esto dice serví solo
de cebo para pescar
á otro amante mas dichoso,
pero nunca mas leal;
y en fin, que aquí hice el papel...

D.ª Fil. De interino y nada mas.
¿Pero eso, señor cuitado,
quién lo pudiera dudar?
Tan solo usted, que del mundo
á dos mil leguas está;
solo usted que no parece
nació en esta sociedad,
sino que de alguna nube
cayó en Cádiz por azar;
solo usted no conociera
que fueron celos no mas
la razon de esta mudanza
que hoy os causa tanto mal.
Del oriente al occidente,
del norte hasta el polo austral,
en Rusia como en Guinea,
en París como en Tetuan
las mujeres son mujeres:
aman, porque es natural,
tienen celos, porque aman,
cuando los tienen, los dan,
que un clavo saca otro clavo
lo mismo aquí que acullá.
Para darlos es preciso
algun maniquí buscar,
y cuando acude al reclamo

el pájaro contumaz
ella vuela, y queda el otro
mirando por donde va.
La alusion es tan patente
que no la habré de esplicar.
Mucho me duele seais
la víctima de esta paz
firmada entre Edmundo y Rosa;
mas aun en mí confiad,
porque yo, vuestro doctor,
no le pienso desahuciar.

ANT. Pero es que usted me atormenta.

D.ª FIL. Se engaña, no hago yo tal.
¿Se le da tormento á un ciego
que hácia un precipicio va
con decirle que si sigue
al cabo se ha de estrellar?
Usted erró su camino:
yo no lo puedo evitar.
¿Diré que por él va bien
cuando miro que va mal?

ANT. Sea: en sus manos me pongo.
No haré, no pensaré mas
que aquello que hacer me deje
ó me permita pensar,
y en alma y cuerpo me entrego
á vuestra sagacidad.

D.ª FIL. Antes de daros consejo
necesito averiguar
lo que en punto á esos amores
hubo desde ayer acá.
Ví que usted salió á paseo

con ellos; mas no ví mas.
¿Qué aconteció allí?

ANT. Rosita
antes de salir de acá
me dijo la diese el brazo.

D.ª FIL. ¡Eso dijo!

ANT. Y además
exigió la enamorase.
¡Cosa mas particular!
Yo, ciego con mi pasion,
imaginé... la verdad...
que al cabo mis esperanzas
ya comenzaba á alentar.
Por la centésima vez
le pinté este amor fatal
comparándole al Vesubio,
de cuyo incendio voraz
mi alma era víctima aquí
cual fué el Herculano allá.
Hablé del pájaro amante
que entre ramos de azahar
tierno enamora á su prenda
con dulcísimo cantar.
Pintéle cual ama el pez
entre el líquido cristal,
y díjele que aun las fieras
suelen en el bosque amar.

D.ª FIL. ¿Y ella entonces...?

ANT. Distraida,
mirando aqui y acullá,
ora arreglándose un rizo
y ora cogiéndose el chal,

dijo...

D.ª Fil. Adelante... ¿Qué dijo?

Ant. «¡Qué modista lan fatal!...
¿Diga usted, este vestido
hace pliegue por detrás?»
Quedéme como ya usted
se lo puede imaginar.
Maldige al Etna, al Vesubio...
al peñon de Gibraltar,
renegué de mi poesía,
culpé su futilidad,
di al diablo á todas las fieras,
y á los peces de la mar,
al ruiseñor, al canario,
á la historia natural,
á las mujeres, y á mí,
que con tal bestialidad
en vez de hombre, solo soy
figura de mazapan.

D.ª Fil. Amigo, no me sorprende
el ridículo final
que ha tenido para usted
su escena sentimental.
En amores lo mas malo
es la inoportunidad,
y siempre se lleva chasco
quien no sabe calcular
si la fruta mujeril
está en sazon ó en agraz.
¿No ha visto si fué á algun baile
ó tertulia ó cosa tal
en un rincon dos amantes

charlando á todo charlar
cinco ó seis horas, y aun tienen
tela para otras seis mas?
pues no hay, bien analizado
aquel sempiterno hablar,
quien de él saque de sustancia
ni aun medio adarme cabal.
Y luego vueltos á casa,
por si algo se olvidó allá,
vuelven á escribir lo propio
sin poner y sin quitar.
El *te quiero* es al amante
lo que al hebréo el maná,
que siempre le sabe á nuevo
aunque él sea siempre igual;
mas el que en amores cuenta,
tan solo con la mitad
no se aventure, que puede
á su bella fastidiar;
y si aquello sabe á gloria,
esto pudiera quizá
le supiése á calabazas,
que es un sabor infernal.

ANT. ¡Ay Dios!... Solo de pensarlo
tercianas dobles me dan.
Mas oiga usted hasta el fin.
¿Quedé?... No me acuerdo ya...

D.ª FIL. Entre los pliegues del trage.

ANT. Cierto... ¡Oh recuerdo fatal!
Entonces el otro amante
puesto á tiro auricular,
lanzó un suspiro por via

de discurso inaugural,
soltando despues la lengua
á todo palabrear.
Al principio ella volvía
al otro lado la faz;
mas al fin contestó algo,
y luego dijo algo mas,
y á poco ni diez cotorras
la pudieran igualar.
Yo allí en tanto hecho un paréntesis
y dándome á Barrabás,
miraba salir la luna,
porque algo habia de mirar,
mientras a la casta diosa
pedía con humildad
que si á Acteon trocó en ciervo
me volviese á mí alacran,
solo por poder vengarme
de aquel homicida par.

D.ª Fil. Aunque la leccion fué dura
provechosa le será.
Ella le dice muy claro
que el femenil paladar
se empalaga de merengues
con harta facilidad.
Pique un poco el apetito
con pimienta de Ceilan,
que hombres de pasta tan blanda
saben siempre á unto sin sal.
Si en algo le han de tener
téngase á sí propio en mas,
y no se eche por los suelos,

porque allí le pisarán.
Para otra vez esto aprenda;
pero es fuerza aquí dejar
la conversacion pendiente,
que alguien se dirige acá.

ANT. ¿Mas no sabré?...

D.ª FIL. Sí: una cosa.
Dios y el tiempo. Confiad.

Escena IX.

Dichos, D. MIGUEL, ROSA *y* EDMUNDO.

MIG. Consultaré á mi cuñada:
yo por mí no lo decido.

EDM. (Entonces tiempo perdido.)

D.ª FIL. ¿A qué viene esta embajada?
Paso grave, mesurado...
¿Sois acaso en tal momento
comision de ayuntamiento,
diputacion del senado,
que por mi próxima ausencia
á despedirme venis?

EDM. (El alma tengo en un tris.)

D.ª FIL. ¿No veis que ya os doy audiencia?

ANT. ¿Si estorbo?...

MIG. No tal, Antonio.
El caso es que mi sobrino
pretende... (¡Yo pierdo el tino!)
á Rosita en matrimonio.
Soy su tio, ya lo sé;

mas tú tambien eres tia,
y es bueno, cuñada mia,
que des tu opinion á fé.

ANT. (¡Ay Dios, que esto va de veras!)

D.ª FIL. Con tal proceder me ufano;
mas tú lo decide, hermano;
yo en esto haré lo que quieras.
No obstante, en tan ardua cosa
hallo el camino mas ovio
que hablen la novia y el novio.
Dí tú, Edmundo, dí tú, Rosa.

EDM. (¿Si esta urdirá alguna trama?)
Tres palabras solamente
diré. Mi prima consiente,
yo la adoro y ella me ama.

ROSA. Para escusar mas zozobra
solo dos decir prefiero.
Él me ama y yo le quiero.
Creo que basta y que sobra.

ANT. (¡Que esto escucho y estoy vivo!)

D.ª FIL. No hay que ponerlos en potro.
Por lo visto ni uno ni otro
han menester vomitivo.
Basta y sobra: eso es muy cierto:
ambos se están en sus trece.
Con menos que eso parece
que puede hacerse un concierto.

MIG. ¿Pero señor, quién nos corre?
Mas dias hay que longaniza.

EDM. Cuando así se simpatiza...

MIG. ¿Temeis que ese amor se borre
con tanta facilidad?

EDM. El motivo os es notorio.
MIG. ¡Hay tal prisa por casorio!
EDM. Mas tio, reflexionad
que habeis exigido vos
de tia el consentimiento;
que ella parte en el momento,
que urge el tiempo...
D.ª FIL. Sí por Dios.
Eso es dar con el registro.
MIG. Pues de mi tema no paso.
¡Hay tal prisa!... ¿Es esto acaso
testamento de ministro?
Que esta se parte á Sevilla;
¿y bien, qué nos falta en suma?
¿No hay ya ni papel, ni pluma,
ni tintero ni arenilla?
¿Ves los correos parados?
¿Sus mulas están de baja?
¿O les dan en vez de paja
vales no consolidados?
¿Pues si nada de eso es,
á qué casarse... así... al trote?
Yo no me tengo por zote
y pienso muy al revés
que el que mas en esto aguarde
mas tardará en aburrirse,
porque en casarse y morirse
nunca se peca por tarde.
En fin, si á tí te acomoda...
(A Doña Filomena.)
D.ª FIL. No estoy por la intervencion.
MIG. Ni yo trago en conclusion

la píldora de esta boda.

EDM. Motivos de obrar así
tengo poderosos, tia.
(Apresurémos. María
pudiera venir tras mí.)

D.ª FIL. Mas lo que dice Miguel
me parece razonable.
¿A qué hacer que el mundo hable?
La sociedad es cruel;
y al mirar tanta impaciencia
tal vez invente algun cuento
que le sirva de argumento
para su maledicencia.
Tú sabes que esto es verdad.

ROSA. ¡Ay Dios! Edmundo, yo cedo;
lo confieso, tengo miedo.

EDM. Yo no. La mordacidad
desprecio si es infundada.
Yo en tí espero, tú en mí fia.
¿Dudas?

ROSA. ...No.

EDM. Pues serás mia.
Ahora no me arredra nada.

MIG. ¡Pero hombre, eso es ser un vándalo!

EDM. ¿Por qué usted la tiraniza?
Yo opongo en aquesta liza
el escándalo al escándalo.

ANT. Señora, mirad por mí. (*A D.ª Filomena.*)

D.ª FIL. Mucho voy temiendo, amigo.

Escena X.

Dichos, Doña Maria, *despues* Juan.

Mar. Si hace falta algun testigo
en la boda, vedme aquí.
Rosa. (¡Quien es esta!)
Edm. (¡El trueno gordo!)
D.ª Fil. (¡Qué imprudencia!)
Mig. (¡La viuda!)
Ant. (Ella es; no me queda duda.)
Mig. (Pues esa se le va á bordo.)
Mar. ¿No me conoceis, Edmundo?
Edm. Señora... sí... de manera...
¿A qué negar?... (Miedo fuera).
Mas de veros me confundo
aquí donde no esperaba
antiguos amigos ver.
Rosa. (¡Se turba ante esta mujer!)
Ant. (Mi admiracion no se acaba.)
Mar. ¿Y ahora que ya me habeis visto,
no ya vuestro corazon,
mas la voz de la razon
nada os dice?
Mig. (¡Vive Cristo
que le da donde le duele!)
Edm. Si no ayudais mi memoria
no sé...
Mar. ¡Cómo!... ¿Vuestra historia?
Tal vez sucederos suele.
¿No os acordais de mí? ¿No?

¿Ni de Valencia tampoco,
donde amor insano, loco,
vuestro labio me mintió?

ROSA. (¡Con que esta fué, cielo santo!)

MAR. Puesto que olvidais tan breve
permitidme que renueve
la ocasion de mi quebranto.
Agena de mal de amores,
con riqueza y sin desvelo
sembró en mi camino el cielo
del placer todas las flores.
Honrada y pura viví,
nunca á mi deber falté;
pero aunque mucho luché,
os amé porque os creí.
Aquí principia mi mal
y aquí mi silencio empieza,
porque la agena vileza
no empañe el propio cristal;
mas si en vuestro pecho aun mora
un leve resto de honor
vos sabreis darle valor
al paso que doy yo ahora.
En vos existe un deber:
yo vengo á que le cumplais;
que no es bien comprometais
la honra de una mujer.
¿Qué respondeis?

EDM. Perdonad.
Cumpliré vuestros deseos.
Jamás negué devaneos
de mi libre mocedad.

Si os amé, si honesto pago
me dísteis, ¿en qué fuí loco?
Así, á quien debo tan poco
con muy poco satisfago.
Vuestra escena es harto rara.
Volved, Señora, á Valencia,
pues sabeis que la imprudencia
pudiera costaros cara,
y dejad que tome aquí
cada cual por su camino.
Aquesto quiso el destino:
fuerza es que se cumpla así.

MAR. Ya que tanto se me acosa
sabed...

D.ª FIL. ¿Qué haces?

MAR. No oigo nada.
Sabed que yo soy casada.
Sabed que yo soy su esposa.

EDM. (¡Jesus!... Rebentó la mina).

ANT. (¿Qué haré?)

ROSA. (Toda soy de hielo.)

MAR. Pongo por testigo al cielo.
Mi confesion me arruina,
bien lo sé...

D.ª FIL. (¡Desventurada!)

MAR. Pero fuerza es que así obre:
sé que volveré á ser pobre,
mas seré mujer honrada.
Y si un mundo corrompido
dice en su fallo tremendo
que vine á un hombre siguiendo,
sabrá que seguí á un marido.

D.ª FIL. Ven aquí, infeliz amiga. *(La abraza.)*
ROSA. (¡Que esto me pase!... Oh vergüenza!)
D.ª FIL. No hay quien en virtud te venza.
¡A qué hombre el amor te liga!
MIG. Tú no tienes corazon. *(A Edm.)*
Eres de un ángel esposo.
EDM. Lo sé, y por eso ni aun oso
implorar de ella perdon!
MIG. Tus mañas son de temer.
Dudo que fiarse pueda...
¿Pero qué remedio queda?
Ella al fin ya es tu mujer.
Cuellos mas bravos humilla
el yugo del casamiento:
si nó, que lo diga el cuento
de los toros de Sevilla.
MAR. Antes de dar á ese punto
la solucion conveniente
cumplir me parece urgente
la voluntad del difunto.
Publicado el matrimonio,
el caudal de D. Cirilo
Sanchez pasa á su pupilo.
De usted es ya, D. Antonio.
MIG. ¡De Antonio!...
EDM. ¡Él es!...
ANT. En Valencia,
yo niño, fué mi tutor.
MIG. Ya estoy. ¡Tarde el buen señor
se acordó de su conciencia!
MAR. Todo es vuestro.
ANT. No, María.

Aplaudo tal proceder;
mas no me habeis de vencer
en virtud y en hidalguía.
Sin zozobra disfrutad
los bienes de vuestro esposo,
que nunca me hará dichoso
la agena infelicidad.
Pobre, mas sin egoismo,
arrostro mi porvenir,
que es gran consuelo vivir
satisfecho de sí mismo.
Esta es mi resolucion.
Olvidad vos sus deslices.
Aceptad, y sed felices.

ROSA. ¡Escelente corazon!

D.ª FIL. Antonio, prestadme oido.
Sois de virtud un dechado.
Si alguien aquí no os ha amado
es que no os ha conocido.
A Rosa el amor os liga,
yo cual madre la crié,
leo en su alma, y diré
lo que no es bien que ella os diga.
Apariencias hay que alhagan,
que fascinan la razon;
mas dotes del corazon
con el corazon se pagan.
Vuestra es pues.

ANT. ¡Será verdad!

MIG. Por mí, si ella corrobora...

D.ª FIL. Para eso le pido ahora
un voto de indemnidad.

ROSA. Que yo con placer os doy
por si consigo obtener
para mis faltas de ayer
cumplida indulgencia hoy.
D.ª FIL. Llené mi papel de tia.
ANT. ¡Es sueño, Dios soberano!
D.ª FIL. Ella á vos dará su mano.
Yo á entrambos la hacienda mia.
ANT. Ah, no, que el cielo os conceda
años mil.
D.ª FIL. No os apureis.
Haré porque me heredeis
lo mas tarde que yo pueda.
MIG. Oyeme, sobrino Edmundo.
Tu esposa es honrada y bella:
si sé que feliz es ella
te queda un tio en el mundo;
mas si acaso me es notorio
que vuelves á serle infiel
te advierto que tu papel
no correrá en mi escritorio.
Y usted, señora, al compás
siga de lo que me ha oido;
porque al fin, un mal marido
es solo... un faccioso mas.
EDM. Harto su virtud me humilla.
JUAN. (*Entra.*) El vapor.
MIG. Vuelta á viajes.
JUAN. Listos están los carruages.
MIG. A Cádiz pues.
D.ª FIL. A Sevilla.

(Las señoras se ponen sus sombreros y los caballeros toman los suyos.)

D.ª Fil. Partamos. Aquí los dos.
(A Rosa y á Antonio.)
Vuestra madre á ser me obligo.
Ant. Tan alta bondad bendigo.
D.ª Fil. Bendigamos la de Dios.
Te doy marido de azúcar,
tal vez mas que lo deseo;
pero no olvidaréis creo
esto que os pasó en Sanlúcar.
Mi María allá en Valencia
perdió del pecho la calma
porque en vez de dotes de alma
se prendó de la apariencia.
Tú con ocasion igual
en igual manera obraste;
aquel amago te baste
pues no se consumó el mal;
mas ya que plugo al Señor
sacarte del lance airosa
no olvides que es mala cosa
PAGARSE DEL ESTERIOR.

FIN DE LA COMEDIA.

Junta de Censura de los teatros del reino.—Madrid 24 de Setiembre de 1850.—Aprobada, y devuélvase.—Rafael Perez Vento.

3 0112 127861265

Liceo Albarran
Calle de Diego arias
nº 7 Cadiz

Pagarse del
Exterior

Antonio Hinojosa
y García